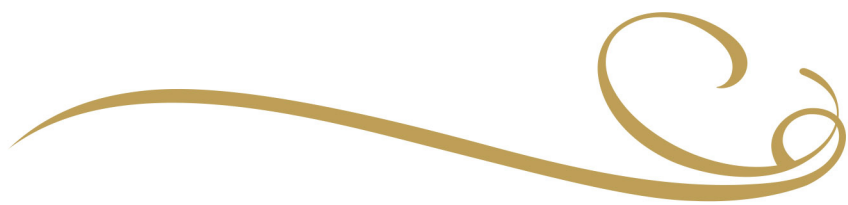


# Secretos confesables



Memorias de  
**Alfredo Fraile**

El hombre que fue  
mánager de **Julio Iglesias**,  
asesor de **Adolfo Suárez**,  
introdujo en España  
a **Silvio Berlusconi...**

# **Secretos confesables**

**Alfredo Fraile**

Memorias del que fue mánager  
de Julio Iglesias, asesor de Adolfo Suárez,  
introdujo en España a Silvio Berlusconi...

**Con la colaboración de Juan Fernández**

*ediciones península*

© Alfredo Fraile Lameyer, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2014

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014  
Ediciones Península,  
Pedro i Pons 9, 1<sup>ª</sup> Pta  
08034 - Barcelona  
[info@edicionespeninsula.com](mailto:info@edicionespeninsula.com)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

Las imágenes de los pliegos en las que no figura el crédito correspondiente forman parte del archivo personal del autor.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición  
LIBERDÚPLEX · impresión  
DEPÓSITO LEGAL: B - 2.178 - 2014  
ISBN: 978-84-9942-299-2

## ÍNDICE

Prólogo. El porqué de este libro	17
----------------------------------	----

### PARTE I TODO ES EMPEZAR

En la «puta calle» con Julio Iglesias	27
Aquel chico triste y solitario	32
«¿Quieres ser el mánager de Julio Iglesias?»	36
Cristales rotos en el estreno de <i>La vida sigue igual</i>	41
Jaime de Mora, Carmen Sevilla, Galiardo y otras estrellas para acompañar	43
<i>Gwendolyne</i> , Eurovisión y mi primer cara a cara con Adolfo Suárez	50
Año 1986: quieren que haga con Adolfo lo que hice con Julio	53
Menudo equipo: Forges, Del Pozo y Ónega al ser- vicio de Suárez	55
«Aquí todos te llaman presidente, pero en la calle ya no lo eres»	59
Raúl del Pozo: «Adolfo, has comprado mi pluma, pero no mi alma»	64
Suárez aprende a quitarse la chaqueta	66
La entrevista con Mercedes Milá, y lo que ella y Suárez nunca supieron	72
¡Hemos triunfado, Suárez ha vuelto!	78

PARTE II  
EL MÁNAGER

Nos engañaron, ¡pero fuimos a Eurovisión!	85
Subiendo de caché: a 180.000 pesetas por actuación	89
Aparece Isabel	92
Julio: «Alfredo, necesito una boda urgente y secreta»	95
Isabel a Julio: «No fui yo quien se empeñó en esa boda, sino tú»	100
Primer viaje a América: me confunden con Iglesias	105
Julio no puede cantar: primera gran bronca con Isabel	109
Actuando en un puticlub de Panamá	112
Tropezando con los terroristas de Múnich 72	115
Mi padre: el hijo del tornero que tenía mirada de cine	117
Franco: «Que venga Fraile, ese al que le gusta llevarme la contraria»	122
Los Fraile y los Lameyer: «Las dos Españas»	126
Ocho hermanos, dos dormitorios y una infancia feliz	131
El monaguillo que acariciaba la barbilla de las niñas	137
María Eugenia y la extraña familia	140
Mis paseos con <i>Gaucha</i> y mi amigo José Ramón	144
Buscando paisajes con Sergio Leone en Almería	149
Mariscada en casa y Tyrone Power de cuerpo presente	153

PARTE III  
CONSTRUYENDO UNA LEYENDA

El secreto del cantante políglota	163
Repartiendo 12.000 pesetas entre dos	169
De La Charanga del tío Honorio a Susana Estrada	171
Cecilia, la inolvidable Cecilia	174
Miami, 1973: «¡Corre que nos linchan!»	179
Somoza duerme con fotos de Franco y de Rocío Dúrcal	183
Atrapado con Lazarov en el terremoto de Guatemala	189
Una viuda en la cama de Iglesias	193
De paseo en mitad del apagón de Nueva York	195
«Mañana cantas en el Madison o te mato»	197
El contrato con la CBS: nuestra libertad tenía un precio	201
Julio se hace panameño (con la ayuda de Torrijos)	204
Miami: un refugio a la medida del ídolo	206
Así se fabrica una leyenda	210
Mi aventura japonesa	214
Qué se nos perdió en las pirámides de Egipto	219
Batiendo récords: más ventas, más aplausos, más dinero	222
Julio el tímido: «¿Qué pinto yo al lado de Michael Jackson?»	225
Iglesias tira la toalla. Primer aviso	229
Paellas para todos en 1100 Bel Air Place	231
Ana Obregón y las chicas de los pechos crecientes	235
Julio: «¿Willie Nelson? Yo no canto con un tío con esas pintas»	238
Julio no se entiende con Barbra Streisand	241
Kirk Douglas, Sinatra, Prince y otros amigos del montón	244
Si seguimos vendiendo así, arruinamos a la CBS	249

PARTE IV  
LO QUE VIERON MIS OJOS

El ídolo hipocondríaco: «¡Alfredo, no siento las piernas!»	257
Graciela, la novia argentina que colmó la paciencia de Isabel	261
Preysler rompe con Iglesias en la sala de equipajes de Barajas	267
Julio me pide que averigüe si Isabel está con otro	270
El doctor Iglesias: «Isabel, despídete de las portadas en ¡ <i>Hola!</i> !»	274
Papuchi, el pilar de Julio	276
Doña Charo, la madre que detestaba la fama (y a Isabel Preysler)	281
Carlos, el hermanísimo que lo complicó todo	283
Julio y sus hijos: una difícil relación	287
Cuando Chabeli y sus hermanos se sentían utilizados	291
El porqué de la pelea de Enrique Iglesias y su padre	293
De repente, el mazazo de ETA	296
Un millón de dólares vuela hacia Madrid	301
«¡Soy el secuestrado!»	304
Nuestros tratos con la mafia	308
La famosa agenda secreta de Julio existe y la tengo yo	313
Julio: «Alfredo, si son modelos o azafatas, mejor»	316
Tangas en el dormitorio de Chabeli y agua bendita en el de Julio	319
Un Cartier de regalo para despedir a cada novia	321
Ofrecen 25.000 dólares por acostarse con Julio	324
Cenando con Bianca Jagger... ¡y de repente aparece Mick!	328
Con Priscilla Presley y sin Viagra	331

Giannina Facio, de los brazos de Junot a la moto acuática de Pocholo	335
Diana Ross, la hija de Sadat y otras novias que no lo fueron	338
Viviane Ventura, la mujer con la mejor agenda del mundo	339
La Flaca, la otra mujer de su vida	342
Sydne Rome, un amor tan bello como imposible	347
Vaitiaré, la niña-mujer que encandiló al <i>latin lover</i>	352
Jamás vi a Julio Iglesias consumir drogas	356
Julio y yo, a punta de pistola en un ascensor	363
Salah Al-Fayed y los celos de Julio Iglesias	365
La triste historia de la secretaria Adriana Ainzúa	369
Toncho Nava, el hombre que mejor conoce a Julio	372

PARTE V

SECRETOS DE NEGOCIOS

La despedida: «Ahí te quedas, Julio Iglesias, no te aguanto más»	379
Ajustando cuentas: lo que di y lo que recibí de Julio	387
La verdad sobre mi casa de Miami	394
A la sombra de Antonio Asensio	399
Lazarov: «Berlusconi quiere conocerte»	404
Il Commendatore, el mejor jefe que he tenido	409
Berlusconi le toca el piano a Polanco (y a medio empresariado español)	414
Así creamos Tele 5	420
Silvio, el gran seductor	425
Agencia A, mi agencia	428
Barcelona, mi segunda ciudad	432
Nutrexpa, el juez Estevill y un maletín con dinero	437



Fraga, el político que nunca dejó de ser ministro	441
Yo vi las cuentas secretas de AP: 2.000 pesetas y ocho chinchetas	444
Javier de la Rosa y KIO llegan a mi vida	448
KIO quiere que los ayude, pero despistando a la prensa	451
Quieren acabar con Javier de la Rosa	456
Los Albertos y De la Rosa se entienden	462
KIO a Solchaga: «Si no le gusta De la Rosa, nos vamos»	465
Las entretelas de Cartera Central	468
Mario Conde, el banquero de la ambición desme- dida	472
Aparecen en mi despacho las fotos del rey Juan Carlos desnudo	476
KIO, el doloroso juicio	478
Al servicio de Hasán II	482
Cómo acercar dos países vecinos que viven de es- paldas	486
Así preparé la primera reunión de Aznar con el rey de Marruecos	492
El rey Juan Carlos: «Alfredo, necesito que lleves este mensaje a mi primo Hasán»	496
De la visita de la NBA a los globos aerostáticos de Forbes	499
Hoy como con Arafat, mañana me reúno con Shi- mon Peres	503
Gadafi me lleva a Libia y no aparece	506

PARTE VI  
LO QUE APRENDÍ DE LA GENTE

Carmen Ordóñez y sus secretos	513
Así ayudé a Carlos Goyanes a huir de España	516
El exnarco Portabales confunde al juez Garzón	519
Sarasola: «Felipe va a dimitir, tenemos que comprarle un piso»	526
Los secretos de ADO 92	531
Así me echó Pilar Miró del proyecto olímpico	536
Mi cuñado José María García: el periodista que perseguía la verdad	540
García y Jesús Gil: encerrona en mi despacho	545
Lo que aprendí de Manolo Escobar	550
Bertín Osborne, el cantante que prefirió ser persona	553
Compositores y mánagers: la trastienda del éxito	557
Julio, el «protegido» de <i>¡Hola!</i>	563
Nosotros y los periodistas	567
Lecciones de vida bohemia al lado de Pepe Guindi	576
El clan de los amigos mexicanos	580
Por Argentina de la mano de Alfredo Capalbo	586
Las trillizas: juventud, simpatía... y un escarceo con Julio	591
Colombia y su realismo mágico	593
Gente amiga de Chile	597
Mi vuelta a Miami: Caribevisión	601
De pleitos en Estados Unidos	606
La vida sigue a los setenta	613

## EN LA «PUTA CALLE» CON JULIO IGLESIAS

El diablo se esconde en los detalles. Qué gran verdad encierra ese dicho. Uno dedica ingentes esfuerzos y cuidados a aquello que primero llama la atención, pensando que eso es lo que inclina la balanza entre el acierto y el fracaso, pero luego llega el momento decisivo y resulta que donde te la juegas es en ese detalle menor en el cual no has reparado. Un gesto mal expresado, un cosido del traje mal bordado, un tono de la música mal ecualizado, ese matiz que separa lo bueno de lo excelente, lo aceptable de lo aclamado, el aplauso de la gloria.

Todo esto yo no lo sabía en aquellos días de principios de 1970. Lo aprendí después, cuando la vida y los años trabajando como responsable de la imagen pública de diversas personalidades y entidades me enseñaron los secretos y pasadizos que conducen hasta esa misteriosa meta llamada éxito. En ese momento mi preocupación era otra, mucho más inmediata y urgente. Llevaba poco tiempo trabajando como mánager de Julio Iglesias, aunque a las órdenes de Enrique Herreros, el representante de artistas que me propuso hacerme cargo de los asuntos del cantante. Con gran esfuerzo habíamos conseguido que lo eligieran para representar a España en el Festival de Eurovisión, que iba a celebrarse en cuestión de días en Ámsterdam.

Todo parecía controlado, pero en esos días yo seguía preocupado por un detalle aparentemente menor pero que consideraba importante: no sabía cómo convencer a Julio para que dejara de meterse las manos en los bolsillos al cantar y que corrigiera ese tic que le mostraba con desdén sobre el escenario.

No había manera. Por más que se lo recordaba, él acababa, una y otra vez, echándose las manos a los bolsillos de la chaqueta o del pantalón a mitad de la canción. Iglesias era en aquellos momentos un artista novato con muy pocas tablas a sus espaldas y escasas horas de experiencia ante las cámaras. A esa falta de preparación se unía su manifiesta timidez, lo que hacía que se mostrara con torpeza y nula soltura bajo los focos. Su manía de meterse las manos en los bolsillos de la chaqueta, que según él se debía a que no sabía qué hacer con ellas, delataba a todas luces esa debilidad. Años más tarde, ese gesto se convertiría en una marca de su estilo, pero yo creía que en aquellos momentos le hacía un flaco favor a su imagen.

Al final la solución vino como suelen llegar los desenlaces a los nudos más complejos: de manera imprevista. Para dar a conocer en toda Europa a Julio y su querida *Gwendolyn*, la canción con la que iba a presentarse en el certamen, en las semanas previas al festival organizamos una ruta por teles y emisoras de radio de todo el continente. En nuestra visita a Alemania descubrimos un tipo de terciopelo muy particular que quedaba perfecto en televisión. En esos años vivíamos los inicios de la tele en color y era trascendental cuidar el detalle de la imagen, así que compramos una buena cantidad de metros de esa mágica tela germana en dos colores, azul y vino, para tener distintas opciones, y se las llevamos a Parrós, el sastre que solía hacer los trajes al cantante. Hablando con el costurero, de

repente se nos iluminó la bombilla: ¿qué tal si cosemos totalmente los bolsillos de la chaqueta para que Julio no pueda meter las manos dentro?

Dicho y hecho: habíamos dado con la solución al problema. De esa guisa, con su traje de terciopelo azul cubierto de bolsillos falsos, acompañado por el trío La, la, la y bajo la batuta de Augusto Algueró, el 21 de marzo de 1970 Julio saltó al escenario que había preparado la tele holandesa para celebrar el XV Festival de Eurovisión. Hizo una buena actuación, pero no ganó. Ese año venció la irlandesa Dana con su *All Kinds of Everything*, pero los 8 puntos que reunió Julio nos permitieron acceder a un honroso cuarto puesto. No habíamos triunfado, pero tampoco habíamos hecho el ridículo, como temía el siempre inseguro Julio.

Para mi plan, el principal objetivo estaba logrado: Europa entera sabía ya quién era Julio Iglesias, y a nuestro regreso a España teníamos al país entero a nuestros pies. En los meses posteriores nos lloverían las ofertas de conciertos por plazas y escenarios de toda la Península. No había alcalde que no quisiera contar para sus fiestas patronales con la presencia del ilustre intérprete que tan alto había dejado el pabellón patrio en Europa. Todos querían oír y ver cantar al chico de Eurovisión.

*Gwendolyn*e fue durante el año siguiente el maná que nos dio de comer a todos. Ese «todos» lo formábamos en aquellos momentos el cantante, sus músicos y la agencia de Herreros, para la cual yo trabajaba. Nadie en esos días ponía en duda que Julio se perfilaba como un artista de prometedor futuro. Pero vincular una carrera a un éxito festivalero que se renueva cada primavera entrañaba un peligro: al año siguiente era otro cantante el que acudía al certamen para representar al país, y entonces era ese mú-

sico, y no el de la edición anterior, el que alcaldes y empresarios querían contratar.

En 1971 Karina portó la bandera española en Eurovisión, así que ese verano fue ella la que se llevó la mayoría de los contratos. Un año más tarde le tocó el turno a Jaime Morey, por lo que aquella sería su gran temporada. Según pasaban los meses, las solicitudes de galas de Julio Iglesias empezaron a bajar, a pesar del éxito que alcanzó *Un canto a Galicia*, que llegó rápidamente al número uno en España y en Europa.

El gran bombazo de Eurovisión había pasado, pero en 1973 yo llevaba ya tres años viajando con Julio y había observado el poder de atracción que tenía su figura. Nada me hacía pensar que aquel cantante fuera una mala inversión. Más bien al contrario: parecía un diamante en bruto a la espera de ser pulido. Por eso me sorprendió tanto que un buen día, de manera inesperada, Enrique Herreros me llamara a su despacho para darme una noticia que iba a ser decisiva en mi vida, y también en la de Iglesias:

—No vamos a seguir con tu amigo Julio. He contratado a Jaime Morey, que ha ido a Eurovisión este año y con él vamos a ganar más dinero.

Me quedé de piedra. No concebía que Herreros quisiera deshacerse de un artista que tenía un gran futuro por delante. El público le quería, le adoraba, demandaba más y más canciones suyas. Intenté hacerle ver a Enrique que se equivocaba y le recordé las cualidades de Iglesias.

—No estoy de acuerdo contigo. Julio es mucho mejor negocio que Morey. Ha sonado en Europa, habla francés e inglés, tiene una gran dimensión internacional, es un tipo educado, sabe ir por la vida.

Pero su respuesta, lejos de ser conciliadora, me dejó aún más helado:

—Mira, Alfredo, Julio Iglesias se va. Y si tanto te gusta cómo canta y crees que es tan bueno, te vas a la puta calle con él.

Y se acabó. Sin más explicaciones, me echó de la oficina. No daba crédito a lo que oía; por momentos me preguntaba si aquello era un simple calentón pasajero, pero no, Herreros iba muy en serio. Es más, me advirtió:

—Tú te vas ya, pero Julio se marcha después del verano, porque tiene varias galas contratadas y ese dinero no lo quiero perder.

Salí de la oficina y me puse a dar vueltas por Madrid pensando en cómo decirle a mi mujer que estábamos en la calle, y con dos niños. En ese momento tomé la decisión más importante de mi vida. De repente lo vi todo claro: debía dedicarme en cuerpo y alma a Julio Iglesias, dejarme la piel por convertirlo en la estrella que estaba seguro que podía llegar a ser, hacer realidad un éxito que nadie hasta ese momento había alcanzado en nuestro país.

Y en esa tarea me puse con todas mis fuerzas. Julio había tocado techo en España, así que nuestro futuro pasaba por salir al extranjero. Debíamos ir a América, donde seguro que había millones de seguidores seducidos por su personal forma de cantar.

Gracias a la ayuda de mis tías Popis y Elena, que tenían una agencia de viajes y me financiaban los billetes de avión, unido a lo que me prestó mi padre para empezar a viajar, conseguí volar a América y empecé a firmar contratos para Julio en locales donde pudiera darle a conocer. Había que salir en las teles, ir a los teatros, visitar las salas de fiestas.

El día que Herreros me dio la patada y me mandó a la calle cambió mi vida, aunque en ese instante fui incapaz de calibrarlo. Tampoco pude ver entonces que realmente

Herreros no me jugó una faena, sino que me hizo el mayor favor que podía hacerme. Comenzaba mi ruta en solitario con Iglesias. Comenzaba la aventura de construir una leyenda partiendo de la nada.

De esa aventura, y de otras muchas más que me permitieron correr mis largos años de trabajo al servicio de grandes figuras de nuestro tiempo, quiero hablarles en las próximas páginas. Los invito a viajar adelante y atrás en el tiempo para conocer rincones de la trastienda del éxito que nunca se han mostrado. Un mundo lleno de secretos confesables... y unos cuantos inconfesables.

#### AQUEL CHICO TRISTE Y SOLITARIO

La primera imagen que conservo de Julio Iglesias se pierde entre los recuerdos de mi edad escolar. Nacido el 23 de septiembre de 1943, Julio es seis meses más joven que yo, pero ambos somos de la misma quinta, y bien pronto que se cruzaron nuestros caminos. Su madre y la mía eran amigas desde antes de casarse, y Julio y yo compartíamos hasta el colegio. Bueno, no exactamente: la Compañía de los Sagrados Corazones tenía en Madrid dos sedes, una en el barrio de Retiro, en la calle Claudio Coello esquina con Villanueva, que es a la que iba yo, y otra en la zona de Argüelles, en la calle Martín de los Heros, que es donde estudiaba Julio.

Los dos colegios funcionaban como centros independientes, pero de vez en cuando nos juntaban a todos con motivo de los partidos de fútbol que los curas solían organizar entre los chavales de uno y otro colegio. Por cierto, casi siempre ganaban los de la escuela de Julio, que contaban con un campo de fútbol como Dios manda, mientras



nosotros nos debíamos apañar con un patio pequeño en el que apenas cabía un frontón. También era habitual que coincidiéramos en unos seminarios que los corazonistas organizaban con los colegiales de ambas sedes. Aquellos cónclaves estudiantiles solían incluir actuaciones musicales y de danza, que normalmente representábamos en el teatro Alcalá o en el Carlos III. Había que vernos dando cuenta de los números de coros y danzas patrióticos que nos obligaban a coreografiar. Sigo sin explicarme cómo pude superar el ridículo que sentí al verme bailar *España cañí* y *La jota de la Dolores* con los compañeros. Todos tenemos un pasado.

Fue en aquellos espectáculos escolares donde vi actuar por primera vez a Julio. Le recuerdo con su planta de adolescente triste y desvaído, agarrado a su guitarra mientras cantaba boleros y melodías populares hispanoamericanas. Era aún un crío, pero ya hacía demostraciones públicas de su afición a la canción. Y también de su magnetismo con las mujeres. Mis hermanas y otras muchas niñas de su edad nos dejaron bien claro a los chavales del colegio lo mucho que les gustaba aquel guapo y melancólico chico de la guitarra. La leyenda del seductor de damas empezaba a dar que hablar.

Aquellos años transcurrieron sin grandes sobresaltos y durante un largo tiempo no tuve más referencias de Julio que los ocasionales encuentros del colegio. Acabado el instituto, él empezó a estudiar Derecho, aunque parecía más interesado en el fútbol que en los libros. En el colegio había demostrado grandes cualidades como guardameta, así que entró a formar parte de las secciones juveniles del Real Madrid.

Por edad, coincidió con jugadores como Pedro de Felipe, Velázquez o De Benito, que luego llegarían al primer

equipo, pero a Julio se le truncó su destino como portero de fútbol la noche del 22 de septiembre de 1963. Horas antes de cumplir los veinte años, volviendo con su amigo Tito Arroyo y otros compañeros de una fiesta en Majadahonda, su coche se salió de la calzada y acabó impactando fatalmente. En contra de lo que se ha escrito, su lesión no se desencadenó entonces. Fue seis meses después del accidente cuando empezó a sentir fallos en sus piernas por una grave compresión medular, lo que le tuvo dieciocho meses sin poder caminar.

La música acudió en su socorro en los terribles días en los que se vio parálítico para siempre. Esta experiencia marcó su vida. Eladio Magdaleno, un enfermero que le cuidó en el hospital, apareció un buen día por su habitación con una guitarra. Fue con ella con la que alumbró las notas de su primera gran canción, *La vida sigue igual*. Al final acabó cambiando su pasión por el fútbol por una ardiente afición a la música.

Un día, mi hermana Montse llegó a casa muy contenta contando que había ido a un recital en un colegio mayor donde había vuelto a ver a Julio. «Dice que te conoce del colegio y que quiere hablar contigo», me comunicó con gran entusiasmo. Iglesias volvía a mi vida. Lo que yo no sabía es que lo hacía para quedarse.

Julio estaba decidido a hacerse cantante y con tal fin había empezado a llamar a todas las puertas, esperanzado en dar con alguien que estuviera dispuesto a apostar por él. Con suma paciencia, y acompañado por su amigo Antonio Villegas, periodista musical, iba por las radios y las casas de discos ofreciendo su canción. Así fue como llegó hasta Enrique Garea, quien por entonces dirigía el sello Columbia. Garea era y es un visionario en muchos aspectos. Ayudó a crecer la música de nuestro país y fue quien

intuyó que América Latina atesoraba el gran granero de fans para nuestros cantantes, iniciando así la peregrinación a «hacer las Américas» en la que se embarcaron todos en aquellos años. Entre ellos, el propio Julio Iglesias, y yo a su lado.

Enrique fue una de las personas que creyeron en Julio desde el primer momento, lo cual no quitaba que se refiriera a él como «un pesado». Su expresión era otra: «¡Aquí llega Mateo y su guitarra!». Es lo que decía cuando le veía aparecer por las oficinas de Columbia para buscar a Gabriel González, que era quien se encargaba de promocionar los discos en las radios. Con gran tesón, Julio estaba empeñado en que su canción sonara en todas las emisoras.

Garea es la primera persona que apostó por Iglesias. Fue él quien le animó a acudir al Festival de Benidorm. De hecho, según me confesaría Enrique años después, más que animarle tuvo hasta que empujarle, literalmente, para que saliera a actuar en el escenario del certamen, porque su timidez le impedía plantarse delante del público.

En un Seat Coupé de aquellos pequeñitos que había entonces, Julio y un grupo de amigos, entre los que estaba Manolo Otero, viajaron a la localidad costera alicantina. Ignoraba en ese momento en qué aventura se estaba metiendo. En aquella época, en el Festival de Benidorm solían interpretar cada canción dos artistas diferentes. Julio era el autor de *La vida sigue igual*, pero este tema también lo cantó un grupo llamado Los Gritos, que en ese momento sonaba en emisoras y salas de baile. Al final, la canción de Iglesias ganó el festival y a él le dieron también el premio al mejor intérprete. El trofeo consistió en 50.000 pesetas, parte de las cuales las gastó en viajar a Londres a ver a su novia, Gwendolyne, a quien había conocido en verano en tierras inglesas.

Hasta ese momento, mi relación con Julio había sido mínima, pero estábamos condenados a cruzarnos. Él sabía que mi padre era productor de cine y que conocía a gente del espectáculo, así que yo atesoraba algo que le interesaba: la posibilidad de un contacto que le ayudara a poner en marcha su incipiente carrera artística. En respuesta al interés que me había hecho llegar a través de mi hermana, un día le llamé y quedamos para hablar. Nos vimos en un bar próximo al estadio de fútbol Santiago Bernabéu y allí me contó que quería vivir de la música, pero se encontraba muy perdido. Quería que yo le hiciera el favor de presentarle a alguien que se dedicara a la representación musical. Le hablé de Enrique Herreros y le propuse que viniera un sábado a cenar a mi casa para presentarle a la única persona que conocía con aquel perfil. Sin saberlo, le estaba prestando el primero de la larga lista de favores que en los siguientes años iba a hacerle.

«¿QUIERES SER EL MÁNAGER DE JULIO IGLESIAS?»

Tal y como le prometí, Julio vino un día a mi casa para participar en aquellas cenas de gente importante del arte y la vida social madrileña que solían organizar mis padres los sábados por la noche. Lo invité con la esperanza de que conociera a alguien que pudiera echarle una mano en sus planes de convertirse en estrella de la canción, sin sospechar que, al final, esa persona iba a ser yo. En aquel momento, Enrique Herreros había creado un importante equipo de artistas, tanto del cine como de la interpretación, a quienes promocionaba sus carreras. En esos años, todo el que tenía aspiraciones de llegar a estrella deseaba que sus asuntos se los llevara el cada vez más poderoso Herreros.

Julio vino a casa no una, sino varias noches, y cantó para Enrique y todos los invitados. A veces lo hizo solo y en ocasiones acompañando a Conchita Márquez Piquer, quien también era habitual en aquellas cenas. Por entonces, Iglesias ya había triunfado en Benidorm y firmado con Columbia un contrato para publicar el disco de *La vida sigue igual*, pero necesitaba que alguien le guiara los pasos. Quique, que es como entonces llamábamos a Herreros en su entorno más cercano, valoró a aquel veinteañero con ganas de triunfar y, sin mucho entusiasmo, le propuso unirse a su equipo.

En los escrúpulos de Herreros hacia Julio influyó la política. En este aspecto, como en muchos otros de su vida, Quique había seguido la estela de su padre, el gran dibujante cómico Enrique Herreros, que había sido uno de los fundadores de *La Codorniz*. Las páginas de esta revista satírica sirvieron durante los años de la dictadura para contar mediante el humor lo que la censura impedía decir. Los dos, tanto el padre como el hijo, se alineaban en lo que entonces podía ser definido como «izquierda moderada». Más allá de su ideología, y atendiendo a la mera conveniencia, Quique sostenía que, en aquel momento, si te dedicabas a una labor creativa o artística, había que posicionarse en la izquierda para estar bien considerado.

Ni Julio Iglesias, ni sobre todo su padre, entraban en ese perfil. Al contrario, el doctor Iglesias Puga estaba significado como alguien cercano al Régimen. Ideas al margen, los motivos de esa identificación tenían que ver con su profesión: era uno de los ginecólogos más prestigiosos de Madrid y eso lo llevó a atender los embarazos y partos de las esposas de destacadas figuras del Gobierno. Fueran cuales fueran sus opiniones, aquella asignación de mili-

tancia era más mítica que real, pues el doctor trabajaba en la Maternidad de la calle O'Donnell y por sus manos pasaron parturientas de todo orden y condición, desde mujeres de ministros hasta esposas de obreros.

Eso importaba poco. Para Quique, aquel joven de la guitarra era un rostro del Régimen y esto le hacía sentir poca simpatía por él. Lo cierto es que ni Julio, ni la mayoría de los jóvenes que compartíamos con él edad y parecida educación, teníamos en ese momento un criterio político claro. Éramos niños de la posguerra, y casi ninguno tuvimos una formación política digna de ser llamada así. Teníamos claro que faltaba libertad y democracia, pero vivíamos cómodamente y la política no era algo que nos quitara el sueño, más allá de lo liberal o reaccionario que luego fuera cada uno.

Tragándose esas dudas, en 1968 Herreros aceptó hacerse cargo de la representación de Iglesias, seguramente influido por los vínculos de Julio con el Real Madrid, equipo del que Enrique era hincha furibundo.

Fue a través de Quique como llegó hasta Julio la oferta para rodar una película inspirada en su ya entonces famosa canción: *La vida sigue igual*. En esos años había en Madrid una productora de cine llamada Dipenfa a cuyos dueños, que eran del Opus, les cayó en gracia la historia de Julio. Les parecía que el accidente y el reto de superación que el cantante había afrontado contenían las gotas necesarias de drama, ternura, fútbol y emoción para componer un relato cinematográfico muy al gusto de la época. Así que llegaron a un acuerdo con Herreros y se puso en marcha el proyecto de la película, que dirigiría Eugenio Martín.

Para el papel de novia de Julio en la ficción contrataron a una actriz inglesa, Jean Harrington, de la que el Ju-

lio de verdad, no sólo el de la pantalla, se enamoró perdidamente nada más conocerla, dejando en un segundo lugar a la auténtica Gwendolyne, en quien se inspiraba la historia. Hasta entonces, Julio había tenido una única gran novia conocida, a la que llamaba Chispa. Se trataba de una chica encantadora de quien Charo, la madre de Julio, siempre hablaba estupendamente. Sin duda era la novia que hubiera deseado para su hijo, pero la llegada de Gwendolyne y de Jean al corazón del cantante acabaron alejándolo de ella. La historia del *latin lover* enamoradizo y rompecorazones había echado a rodar.

Por entonces yo había empezado ya a estudiar la carrera de Físicas en la universidad, después de haber hecho inútilmente el examen selectivo para entrar en Minas. A pesar de esas dudas vocacionales, yo ya había superado la veintena y era todo un hombrecito, así que al llegar el verano mi padre comenzó a dejarme que lo acompañara a los rodajes de las películas que producía, o en las que hacía de operador. Aquellos fueron mis primeros contactos con el mundo laboral. Al principio se trató de experiencias tímidas e inconstantes, acotadas al período estival, pero en 1968, ya con veinticinco años, me puse a trabajar a tiempo completo en el cine como ayudante del ayudante de producción. Era un trabajo exigente, aunque lo más duro era su inconstancia: podías estar un mes sin parar y luego tirarte tres totalmente ocioso, hasta que llegaba el nuevo rodaje. La presencia de mi padre en ese mundillo me hacía sentir confiado, pero la irregularidad laboral me provocaba una incertidumbre que cada vez se me hacía más incómoda. Especialmente después de casarme.

Por eso, el día que Herreros me hizo aquella propuesta le dije que sí sin pensármelo dos veces:

—Alfredo, ¿quieres ser el mánager de Julio?